

SUPLEMENTO FEMENINO DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 7 de Enero de 1925

CATECISMO DE LA OBRERA

- POR -

ATTILIO BRUSCHETTI

III

Dice Cristo, que para entrar en el reino de los cielos debemos volvernos como niños. Daba a entender con estas palabras que para llegar a ser felices (ya que la felicidad es el cielo en este o en otro mundo) debemos purificarnos para llegar a ser ingenuos como un niño. ¿Hay nada más atractivo que la inocencia de un niño?

Una señora, que estaba en meses mayores, le decía un día a un hijito suyo de pocos años: «Mira, Pablín, pronto tendrás un hermanito. ¿Qué preferirías, un hermanito o una hermanita?» El niño estuvo reflexionando un rato con el pulgar sobre los labios, hasta que dió la siguiente contestación: «Mamáta, si te es lo mismo yo preferiría un caballito.»

Dos pequeñuelos, un niño y una niña, se encontraban ante un gran cuadro, que representaba el paraíso terrenal. Admiraban las figuras de las fieras que jugueteaban con perros y conejos, y admiraban una hermosa palmera cargada de racimos de dátiles confundidos con racimos de uva, fruto de una vid que trepaba por el tronco esbelto del árbol, a cuyos pies se encontraban dos seres humanos: El niño, que era algo más precoz, decía: «Estos son Adán y Eva; el primer hombre y la primera mujer.» «¿Y cómo lo sabes?», replicó la niña. «Porque lo dijo papá.» «Mira; llevan una hoja de parra. ¿Por qué?» «Tampoco lo sé.» «Entonces—dijo la niña,—para conocerlos se habrían de vestir.»

A mí me encanta la tierna y espontánea ingenuidad de los niños, en cuya mente y corazón no entró la falsedad. Me encanta el niño a quien pregunto: «¿Me quieres?» Y me responde con resolución: «¡No!» El dice lo que siente; su mamá le riñe y le da la primera lección de hipocresía.

¿Cuándo será el día en que se educará debidamente a los niños, mejorando su alma con delicado tacto, inculcándoles la lealtad y no permitiendo que, bajo la excusa de enseñarles unos falsos modales para vivir en sociedad, se les enseñe a llevar siempre la careta de la mentira? Lo que se debe inculcar es la franqueza, pues lo que verdaderamente vale es un alma noble y leal, que refleje la luz del sol de la verdad en toda su esplendente belleza.

En este mundo se enseña la astucia para engañarnos mutuamente en provecho de nuestro rastrero egoísmo, que nos aleja de la felicidad verdadera, que en todo momento debiera ser nuestra única ambición. Y (fíjate bien en ello) únicamente lo conseguiremos haciendo felices a los demás.

Sé que cuanto te digo es todo lo contrario de lo que se suele aconsejar. Por esto el mundo sigue de mal en peor, como nave que va derecha hacia un es-

collo en donde naufragará irremisiblemente, si no cambia de rumbo.

Tú me dirás: «¿Qué puedo hacer yo, pobre obrera, en un asunto de tanta importancia?» Te contaré la conocida fábula de la paloma y de la hormiga.

Estaba a punto de ahogarse una pobre hormiga, cuando una paloma, viéndola desde lo alto, bajó en raudó vuelo y, tomando en el pico una hoja, se la proporcionó como diminuta barquilla, en la que se pudo salvar. Algún tiempo después, un cazador tenía el dedo en el gatillo de la escopeta para matar a la paloma, cuando al notar la agradecida hormiguita, que allí se encontraba, mordió en el pie al despiadado cazador, quien, haciendo un brusco movimiento, erró el tiro y así pudo escapar volando la buena palomita.

¿Quién habría podido pensar que la diminuta hormiga salvara a la paloma bienhechora?

En el Universo no hay nada grande ni nada pequeño. Todo es necesario; y si tú no existieras, el mundo no sería lo que debe ser. Eres necesaria, imprescindible y muchísimo bien puedes hacer en el mundo. Fíjate bien en esta idea. Piensa que de todos, absolutamente de todos depende el bienestar de la humanidad, y que si cada uno de nosotros no se mejora, lejos de mejorar el mundo, caerá en la perdición.

En la familia, entre amigas, en la calle, en el obrador, en la fábrica, en el taller, puedes realizar tu obra de bondad, amor y justicia.

No hay nada peor que la murmuración y la crítica, tan destructoras como los gases asfixiantes de funesta memoria. No critiques ni murmures de nadie. Todos hacemos lo que podemos, y muchísimas cosas las hacemos mal, rematadamente mal, aunque pensemos lo contrario.

Por lo tanto, seamos compasivos con los demás y no los critiquemos, ni nos ensañemos en ellos por sus debilidades (si acaso lo son), ya que nos podríamos equivocar.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Diciembre de 1926.

«Toilettes» elegantes

Estamos en el mes más propicio a las reuniones familiares. En estas ocasiones nos encontramos con los parientes viejos que se complacen en evocar los recuerdos de nuestra infancia. Únicamente puede decirse que los vemos durante las fiestas de fin de año, cuando se reanudan las tradiciones familiares. La misa de gallo ha perdido su carácter religioso y la cena de medía noche constituye una ocasión para divertirse y saborear platos deliciosos. Ante la perspectiva de estas «soirées», hay que encargarse «toilettes» vaporosas y claras. Las mujeres con vestidos malva, rosa y rojo parecen macizos de flores que vibran bajo las luces de las arañas, y el aspecto de las salas de baile es alegre y agradable a la vista. Pero la medalla tiene también su reverso; los colores cálidos envejecen antes que el negro y un vestido que se ha llevado varias veces debe ser reemplazado por otro. A decir verdad, la moda es este invierno tan variada que la única dificultad que experimentamos es la de no saber por qué decidimos en medio del gran surtido de matices que nos ofrecen las grandes casas.

Nadie diría, al ver la suntuosidad de las telas y el esplendor de las joyas que llevan las señoras, que estamos en una época de crisis económica. La vida febril y la afición a la diversión, que son las características de la post-guerra, han desarrollado el lujo. Las fiestas de Navidad y de Año Nuevo ofrecerán un espectáculo maravilloso, merced a las suntuosas «toilettes» y a las lindas capas bordadas en oro. La moda actual es muy seductora. Los «godets» dan una silueta movidiza más atractiva que la línea severa que dan los «fourreaux» rectos. Los fabricantes han creado lindas telas, que no necesitan guarniciones: muselina de seda moteada de plata, crespón esmerado con flores terciopelo, etc.

Algunas casas han lanzado telas «abigarradas» de dibujos politeromos, de un efecto muy extraño. Los cubistas exageran evidentemente, y como es natural, ciertas fórmulas que pueden aplicarse perfectamente para el decorado de una habitación resultan ridículas aplicadas a la costura. El encaje metálico o teñido de colores de licados, como al cisne, rosa viejo y «beige» rosado, se lleva mucho combinado con crespón «georgette».

Hemos visto en una «soirée» un vestido, cuya parte superior era de crespón rosa y la parte inferior de encaje de plata; para reunir ambas telas lleva una tira perlada de «mácar rosa».

Las formas de nuestros vestidos conservan la gracia de los volantes y de las puntas, y las aplicaciones vaporosas sirven para ensanchar las faldas.

En este invierno excepcionalmente frío los modistos nos imponen el suplicio de «espaldas» muy descotadas, sin duda por eso los «écharpes» no se han llevado nunca tanto como ahora. Unas veces son de tul vaporoso y apenas si ocultan la piel; otras, de crespón de china, degradado en colores, que hacen juego con el vestido.

Los vestidos de noche son muy brillantes, generalmente de «simili» y pedrería; la guarnición preferida es la tira de perlas.

Hemos admirado en una de las primeras casas del Faubourg Saint Honoré un vestido de crespón «georgette» blanco, adornado con tiras de perlas de coral. En general, la moda no sufre transformaciones muy sensibles. La línea sigue siendo muy ensanchada por abajo; el busto bastante ajustado y el talle apenas indicado en el nacimiento de las caderas. A veces se advierten algunas variaciones sobre este tema favorito.

Vestidos y blusas

La silueta femenina de moda es alargada y flexible. Las grandes casas de moda piden para maniques mujeres altas y delgadas. El ideal ha cambiado desde la guerra. Hubo un tiempo no muy lejano en que agradaban las formas opulentas; la buena moza, robusta, de nuestros días, sigue un régimen para adelgazar y no retrocede ante ninguna privación con tal de perder algunos kilos de peso. Si las estatuas griegas se animaran y viviesen en nuestros días, harían que los modistos se desesperasen. Así en las fiestas mundanas los magníficos collares de perlas descansan sobre bustos lisos y las «toilettes» suntuosas descubren hombros puntiagudos. Se advierte indudablemente una cierta exageración en este gusto de la delgadez; pero es preciso reconocer que la línea nueva es de una gracia juvenil. Todas las mujeres parecen tener veinticinco años.

Ahora, a fines de año, es el período en que antes se hacían «las visitas de Año Nuevo». Aquella moda pasó y únicamente se conservan esos usos en provincias. Pero, no obstante, algunas veces se va a visitar a parientes de edad apegados a la tradición y para ello es necesario llevar un vestido práctico.

Los vestidos de día aparecen menos trabajados que los de noche; pero están compues-

tos de hermosas telas, y a decir verdad, se ha llegado por vez primera a poder disponer de una gama de colores refinados. El verde está muy de moda y sienta muy bien. Privan también mucho el Burdeos, el ciruela y el «beige».

La ciencia de las tonalidades ha realizado grandes progresos de unos años a esta parte, como se ha podido advertir en la reciente Exposición de Artes Decorativas, y los fabricantes han creado este invierno matices de infinita variedad.

Ciertas casas hacen vestidos de un «éche» verdaderamente inimitable, merced a la combinación de coloridos y a la armonía de las líneas. Las guarniciones de piel se llevan mucho. Se obtienen efectos muy originales y sorprendentes mediante tiras de piel dispuestas en «losaños» o cuadrados y trabajadas en dos tonalidades diferentes. Muchos vestidos-abrigos se llevan con cuellos de piel.

Hemos visto en una de las últimas colecciones un vestido de paño castor y paño marrón, con un cuello de piel de castor.

Durante los grandes fríos las señoras se envuelven en abrigos de piel; pero tan pronto como la temporada sea más benigna, reaparecerán los conjuntos. La línea no ha sufrido modificación, a pesar de que algunas casas han lanzado modelos excéntricos, como casas sin mangas, cuyo éxito parece harto dudoso. El traje clásico se compone de la «jaquette» larga y del vestido, que hace juego con el forro de crespón de China de la falda ensanchada por medio de «godets». También hace un efecto muy suntuoso y distinguido un cuerpo de «lamé», en el que el metal se combina con la tela de lana. Se confeccionan también elegantes blusas de crespón de China, a las que otorga un efecto particular la unión de las dos tonalidades.

Ved una blusa de crespón de China «beige», adornada con entredoses plisados; el plastrón de delante y los crevés de las mangas son de crespón de China «chaudron». Existe una gran meticulosidad en las investigaciones y un refinamiento extremado en los detalles de la «toilette». Las mujeres modernas quieren crear, ante todo, un conjunto armonioso.

PENSAMIENTOS

La razón, deja de ser razón, cuando se la disputan los hombres por litigio, al amparo de la incorrección de la ley positiva de determinado Código.

Un alma enamorada de una mujer a veces suele costar el sacrificio de una vida.

La mejor fortuna, es el amor que en tu corazón existe; y es el mejor tesoro, cuando existe también en el alma de la mujer que es elegida por tu corazón.

El oro es el único amigo de todos los corazones, de todos los sentimientos, es el único ser material que modula el carácter personal o genio, según el brillo de su cantidad; es el único impulsor del egoísmo de la materia, a la materia de la cantidad.

Reprende el vicio en la juventud, y hallaréis la moral y la honradez en la vejez.

A los nobles de corazón siempre les vence el sentimiento.

MATEO ASENSIO GIMFERER,

LA MURMURACIÓN

Uno de los mayores males que ataca a nuestra sociedad, y al cual nosotros concedemos muy poca importancia, es la murmuración. Nos parece tan insignificante este defecto, tan sin malicia y hasta tan inocente, que nadie se propone corregirlo.

—¡Qué manera de criticar! —exclama, a veces, un alma caritativa, en medio de una reunión, donde no se habla muy bien de nuestro prójimo.

—¡Oh, eso no es nada!
—¡Hablamos de cosas sin importancia!

—¿Cómo pasaríamos el tiempo?
—¿De qué cosas hablaríamos si no?
Exclaman entonces los demás asistentes:

—¿Conque, murmurar no es nada? Pues yo considero que es mucho, y así lo afirma Voltaire cuando dice, que de la murmuración, siempre queda algo.

—¿Por qué murmuramos? Pues sencillamente: por envidia, por egoísmo, por celos, por interés propio. Lo hacemos, porque estamos plenamente convencidos que de esta manera, rebajamos a nuestros semejantes, mientras nosotros nos elevamos por encima de los demás. Esto resulta tal vez cierto desde un principio, pero, la verdad siempre vence, no es quepa duda.

Voy a citaros un caso, por cierto bien vulgar y sencillo, y que se repite casi todos los días. De la siguiente manera terminó la conversación que, no ha mucho, tuve con una de mis amigas:

«Al salir del pensionado y empezar mi vida de sociedad, como es muy natural, decidí escoger algunas amiguitas. De entre ellas, había una, afable, cariñosa, atrayente, que con sus delicadas maneras y buenas palabras me conquistó, no sólo a mí, sino también a toda mi familia. La consideré mi mejor amiga, aunque no íntima, pues jamás he querido tener amistades de esa clase. Ella me rodeaba de sus cariños, quería retenerme constantemente a su lado, no soportaba que hablara mucho rato con las demás compañeras... Y a fin de separarme de ellas, sacó a relucir algunos defectillos, que a las pobres les hacían bien poco favor. Pero sabía hecerlo con tal arte y maestría, que logró de momento, que yo me mostrara muy reservada y hasta uraña con ellas. Pasaron los días, las semanas, los meses y hasta un par de años; y aquella que, no sólo yo, sino también mis papás creíamos muy buena amiga y mujer franca y leal, no pudiendo aguantar por más tiempo la máscara de su hipocresía, al fin se mostró tal cual era: egoísta, envidiosa, intrigante, celosa, avara y etc., etc. En cambio, a las demás, las he visto siempre muchachas virtuosas y jóvenes modelos. Y ahora, hablándote francamente, añadí mi amiga, te diré que me cuesta enorme trabajo, hasta el poderle disimular una amistad fría y forzada.»

Esto es, pues, lo que logran las personas que murmuran: el desprecio y enemistad de sus semejantes.

Si todos los mortales tuvieramos en cuenta lo ridículo y feo que es este defecto, tal vez pondríamos un poco de remedio a nuestro mal.

—¿Con qué derecho juzgamos las acciones de los demás? ¿Conocemos, acaso, sus intenciones? Pues un acto que por parte nuestra merece gran censura, puede ser inspirado por la más ardiente caridad o la más sublime abnegación.

—Si no existiera la crítica, si en vez de estudiar los defectos de nuestros semejantes, atendiera cada cual a los propios,

si dejáramos a cada persona obrar según los impulsos de su propia conciencia, ciertamente la vida sería mucho más agradable.

¡Terminemos ya con la crítica! ¡Especialmente nosotras, las mujeres! Y para ello, aprendamos a hablar siempre «bien» de nuestros hermanos; a estudiarnos a nosotros mismos, a respetar a los demás, y sobre todo, grabemos en nuestros corazones, con caracteres indelebres, estas hermosas palabras de nuestro divino Salvador: «Amaos los unos a los otros, como yo os he amado.»

DORINA M. C.
(De Las Noticias).

CUENTECILLOS DE MI TIERRA

Las mujeres preferidas

El inolvidable actor cómico Pepe Sanchez Albarrán estaba actuando en el Teatro Balón de Cádiz, donde a diario se le aplaudían aquel gracejo y aquel ingenio que tuvieron pocos rivales.

Después de la función se iba con sus compañeros y con algunos amigos íntimos a tomar una modesta cena a la tienda de un Montañés, que estaba establecido en la Plaza de San Antonio.

Allí se formaban unas tertulias divertidísimas y a veces duraban hasta las cuatro y las cinco de la madrugada. Se hablaba de todo, se esgrimía la tigre contra actores y autores, se hacían epigramas y hasta se improvisaban versos. A veces en el calor de la discusión se iniciaban disgustos que Sanchez Albarrán sabía cortar admirablemente con un chiste, o con una frase oportuna, de esas que hacen reír aún levantando roncha.

A esa reunión iba de cuando en cuando el apuntador Pepe Lorenzini, un apuntador que fué de ópera luego de zarzuela y últimamente de verso. Era un borracho de oficio, hombre de pocas palabras y de una historia algo sospechosa, pero que tenía gran respeto a Sanchez Albarrán, que fué quien lo recomendó para que entrase en la compañía.

Una noche en que la cena se había salpicado con bastantes chatos de vino, con motivo de haber sido el beneficio del primer barba, giró la conversación sobre las mujeres de otros países.

El barba dijo:
—Para mí no hay mujeres como las alemanas. Todas ellas suelen ser espirituales. Con razón inspiran las tiernas baladas del Rhin.

—Donde están las francesas boca abajo todo el mundo —interrumpió Estevé un galán joven muy aficionado a las aventuras amorosas.—Esas si que saben querer y son encantadoras.

—Yo prefiero la formalidad de las inglesas —dijo otro de los contentulios. Sanchez Albarrán terció en la discusión, diciendo:

—No seáis majaderos, que donde están los Españoles y sobre todo las andaluzas, está lo mejor de Europa y de América y de todo el globo terráqueo. El apuntador estaba callado y casi dormido. Entonces el Barba, cogiéndole de un brazo, le dijo:

—No te duermas y di también tu opinión, pedazo de zangano.
—¿Cuales mujeres prefieres?
Albarrán se sonrió y interrumpió a todos, diciendo:

—A ese no hay que preguntarle. Este prefiere las turcas. ¡Como que las coje todos los días y no puede pasarse sin ellas!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

Gracia y Elegancia

Como en estas mismas columnas de las páginas femeninas dije algo sobre la belleza, quiero hablar hoy, para completar de algún modo lo empezado de dos compañeras inseparables de la belleza, que si bien participan de su esencia misma, encierran alguna diferencia entre ellas: éstas son la gracia y la elegancia.

Veamos, pues, de analizar lo que es meramente «gracioso» y lo que merece especialmente el título de «elegante».

Decimos de un niño que es gracioso cuando sus dotes naturales de sencillez e inocencia se revelan en una respuesta ingenua o en una cándida pregunta.

Se dice de una mujer que es graciosa, aun no siendo bella, cuando alguno de sus atractivos dimanando de su corazón bondadoso, indulgente, irradiá a su alrededor por medio de actos que cautivan, sembrando simpatías.

Así, pues, la palabra gracia se aplica especialmente a la belleza infantil y femenina porque delicada es la naturaleza del niño y de la joven, como delicada es la belleza cuando se reviste del ropaje de la gracia.

Refiriéndonos a las cosas, encontramos gracioso una ocurrencia, una agudeza que con oportunidad viene a amenizar una conversación... gracia es también la del escritor que sabe exponer sus pensamientos de manera que no cansa al lector, sino que, al contrario, lo entretiene y deleita agradablemente... gracia la de la artista teatral que, además de interpretar adecuadamente las obras que se hicieron para la representación, sabe imprimirles el sello de su personalidad y de su donaire.

Dos personas leerán ante escogido auditorio la misma composición literaria, pero una sola es la que conquista espontáneamente todos los aplausos. ¿A qué es debido esto? Quizá a una modulación de voz más agradable o puede ser también que tenga mayor poder sugestivo. En una palabra, tiene más gracia en su decir.

Por lo que vamos anotando, es fácil colegir que hay una diferencia notable entre la gracia y la elegancia.

La elegancia representa lo selecto, lo escogido. Siendo como la gracia un refinamiento del gusto estético, es algo más serio y viril.

La elegancia no puede hermanarse con ciertas estridencias que, aunque tienen en ciertos casos la supremacía concedida a lo nuevo, se apartan de lo heroico y de lo apetecible al buen gusto.

La finura en los modales es en algunos casos una variante de la gracia y en otros de la elegancia.

Cuando provienen en el fondo, de una cultura esquisita, de unos sentimientos de bondad y benevolencia encauzados a procurar la felicidad de los demás, veo en ellos la gracia que es el sello de todo lo natural y espontáneo.

Cuando estas formas son estudiadas y se atienen a las normas que ha implantado la moda, pasan a la categoría de elegantes.

Tanto la gracia como la elegancia, responden y satisfacen al gusto estético, y junto con la belleza, su hermana mayor, son hijas de un sentimiento superior, que eleva y depura el nivel de la cultura en general.

CARMEN BORRELL BALMES

LECCIONES DE COSAS

Las gamuzas se limpian teniéndolas durante un par de horas dentro de una disolución débil de sosa y jabón, y frotándolas después hasta que desaparecen todas las manchas.

Se da brillo al cuero, barnizándolo con esta mezcla:

- Acete esteárico 2 partes
 - Acete de trementina 5 »
 - Negro de humo 3 »
- La fusión se hace al fuego.

El te muy cargado sirve para cortar las hemorragias de las cortaduras.

Para evitar que el aceite se ponga rancio, basta echar una gotas de éter en la botella que lo contenga.

Las manchas de tinta en las alfombras se quitan perfectamente si en seguida de haber tirado la mancha se echa sal seca encima. Cuando pierda su color se quita con un cepillo y se echa sal humedecida. La operación se repite hasta que la mancha haya desaparecido por completo.

Para impedir que el queso se enmohezca a se seque, es bueno envolverlo en un trapo humedecido en vinagre, tapándolo luego con un plato.

A las camas doradas hay que quitarles todos los días el polvo con un paño suave. Cuando se pongan sucias o manchadas, se les pasa un trapo con aceite y se pulimentan luego con una gamuza.

EPÍGRAMAS

Aunque peque de indiscreto quiero saber, Soledad, tus abries, cruel verdad, que guardas como un secreto. Aunque pocos aparentas por tu rostro maquillado, sumo treinta; y no me mientas, pues creo que he adivinado.

Un villano a su mujer, que responde por doña Ana, una villa regalóle con esta inscripción: Villa-Ana.

Tiráronse treinta mil de tu novela, Marsal. Pocos son, tirar debiste hasta el mismo original.

J. ANTOLINO.

CHISPazos Cómicos

Un novelista, al entrar en su despacho, ve que un criado coge de la mesa unas cuartillas para encender la chimenea.

—¿Qué haces, desgraciado? —exclama el novelista.

—No se asuste usted, señor; no toco el papel blanco; cojo únicamente las cuartillas escritas.

—Oye, chica, ¿cómo te llamas?

—Si le digo a usted en qué me diferencio de un burro, lo sabrá.

—¿En qué?

—En que si me dicen So... corro.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón